

Alice Albinia

Cuando los dioses
escriben el Libro
del Destino

Traducción del inglés
de Dora Sales

alevosía 

Para T. S.

Primera parte



—Oh, dios con cabeza de elefante, hijo del dios Shiva y de Parvati; escriba que puso por escrito el *Mahabharata* desde el dictado visionario de Vyasa: Dios Ganesh, considera favorablemente este empeño.

El profesor Ved Vyasa Chaturvedi hizo una pausa, recorrió a su audiencia con la mirada, y sonrió.

—El dios invocado al inicio de todas las redacciones. ¿Qué mejor manera de empezar?

Una cascada de risas, sonoras e indulgentes, recorrió la sala con tono agradable, y Vyasa supo de inmediato que la audiencia se lo iba a poner fácil. En casa, en la India, estaba familiarizado de igual modo con la adulación y con el descrédito. Su trabajo siempre se veía atacado, por parte de hindúes entusiastas, colegas celosos, jóvenes estudiantes presuntuosos, y todos lanzaban dardos que le caían encima sin causarle daño, como si fuese Bhisma, guerrero invencible del *Mahabharata*. Sólo hubo un misil —un huevo, que se estrelló contra el hombro de Vyasa, dejando un brillante goteo amarillo que resultó fotogénico sobre su *kurta* blanca almidonada— que colocó por primera vez su cara en la portada de todos los periódicos de Delhi, y que relacionó por vez primera su nombre con la ruptura de normas y la controversia.

Pero esta gente —estos neoyorquinos peinados y planchados, impecablemente testarudos, aunque traumatizados— no iban a levantar la mano al final de su charla para hacer preguntas compli-

cadras sobre *shlokas* de difícil comprensión. Era improbable que cualquiera de ellos se acercase arrastrando los pies, después de que Vyasa hubiera terminado, para contar una anécdota larga, farragosa, sobre la popularidad del dios Ganesh entre los hindúes y budistas de Nepal. Aquella señora de delante con rizos rubios y chaqueta blanca de lino... no iba a despotricar por el modo en que el profesor Chaturvedi calumniaba el dictado divino de la épica de la India. La Biblioteca Pública de Nueva York era demasiado grande para esas diatribas, el techo de cristal abovedado de esta sala se elevaba de forma demasiado educada. Aquí, Vyasa tenía la sensación relajante de estar bajo el agua, en una cueva de peces veloces como flechas, profundamente mimado en el interior del corazón brillante de la biblioteca, en el vientre de la ciudad. Esta gente había ido a escucharle porque sus libros se vendían bien, porque había aparecido en American TV, porque habían oído su voz en la radio, razonando con toda una concurrencia de maniáticos e ignorantes sobre la India. Sabía que era extraño... cómo en la India, y cada vez más en cualquier otra parte, ese conocimiento arcano, ese tema esotérico, había ido a su favor; cómo los periodistas y editores habían terminado por confiar en su opinión, de las muchas que tenían a su alcance; cómo su tesis doctoral se había publicado en forma de libro lujosamente ilustrado (que saltó a la cabeza de las listas indias de *bestsellers* y permaneció allí desde *Divali* hasta *Holi*). Se sonrió por su extraordinaria buena suerte, y, cuando volvió a abrir la boca, las palabras surgieron justo como quería: melosas, estudiadas, lentas.

—Es un honor para mí dirigirme a ustedes esta noche, en estos momentos de crisis en su ciudad —dijo, inclinando la cabeza hacia los rostros que se habían girado de forma devota hacia él, de modo que la sala estalló en un aplauso espontáneo.

Volvió a hacer una pausa, le dio al aplauso un momento para amainar, permitió que el silencio se hiciese más denso, que se enriqueciese; y cuando por fin su voz elegante, persuasiva, vibró por el aire, y recorrió toda la sala como en un lengüetazo, la audiencia pareció temblar por la expectativa colectiva.

—Esta noche hablaré sobre un tema que significa mucho para mí, el dios con cabeza de elefante, Ganesh, la deidad más entrañable del amplísimo panteón hindú. La forma alegre, voluminosa, de Ganesh se halla en casas y templos a lo largo y ancho del subcontinente. Todo empeño, cada boda, cada negocio, cada conferencia incluso, debe comenzar con una invocación a Ganesh, que elimina los obstáculos, y los impone, para los mortales. Ganesh tiene renombre, también, como escriba de la descomunal, abarcadora épica de la India: el *Mahabharata*. Según la tradición sólo él, de los muchos miles de deidades hindúes, fue elegido por Brahma para poner por escrito esta obra literaria, para Vyasa, su autor —Vyasa levantó la mirada de sus apuntes y echó un vistazo a la sala—. Sí, este mismo dios jovial y misterioso fue empleado por mi tocayo —«los lazos entre ellos», pensó Vyasa, «eran más profundos que la historia», y, cuando volvió a hablar, su voz era casi un susurro—. Incluso en el actual clima político, cuando mi país está gobernado por hindúes de derechas, me corresponde afirmar con claridad que, en contra de la creencia popular, a pesar de las declaraciones desesperadas de ciertas facciones religiosas, Ganesh no fue en realidad el escriba del *Mahabharata*. Es peligroso invocar la cólera de la plataforma de admiradores de cualquier deidad —lanzó a la sala una sonrisa rápida, estudiada—, en particular de los dioses siempre vivos de la India; pero estoy seguro de que el propio Ganesh estaría de acuerdo conmigo cuando afirmo que el dios con cabeza de elefante es un impostor.

En este punto, Vyasa se apoyó sobre sus talones y la audiencia se relajó de nuevo con una risa.

Ahora era sencillo; la tenía de su parte. Lo único que debía hacer el resto de la hora asignada para su conferencia era estar ahí de pie, cuadrar los hombros, abrir la boca, y las palabras que había pronunciado tan a menudo, en tantas otras salas, menos ilustres, en rincones del mundo mucho más alejados, fluirían *motu proprio*: como si su clásico antepasado literario, el mismo Vyasa, estuviese dictando la narración.

Una puerta se abrió al fondo de la sala y Vyasa detectó una fi-

gura esbelta con el rabillo del ojo, vestida de un intenso amarillo azafrañado. No era uno de sus detractores nacionalistas hindúes, sin embargo. Era una mujer india vestida con *sari*, que se movió sin hacer ruido por la última fila de sillas y se sentó en la esquina. El color era inusual en este distrito de Nueva York. Las indias elegantes que residían en Manhattan no solían llevar *saris* como ése, y menos a finales de octubre. Se vestían como cualquier otra persona, con negros, azules y fríos colores hueso, de lana, de tela a cuadros y de piel. No querían que se las confundiese con las recién llegadas, más aromáticas, que solían tener tiendas de comestibles en Queens. Y Vyasa supuso que, durante el mes anterior, pocas personas de cierto cutis se aventurarían a llevar atuendos étnicos.

En ese momento no se giró a mirar a la mujer del *sari*; de todos modos, estaba demasiado lejos de él como para distinguir los detalles de su rostro, si era joven o de mediana edad, nacida en Manhattan o una visita provinciana..., pero su presencia resultaba beatífica de todos modos, y a medida que su argumentación creció en ritmo y complejidad, mientras retrotraía a su audiencia en el tiempo hasta las riberas y los bosques de la antigua India, a través de dictados prehistóricos e interpolaciones modernas, a Vyasa se le ocurrió la idea, con un delicioso estremecimiento, de que esa distante masa borrosa de feminidad-coloreada-de azafrán podría ser la mujer por quien había suspirado tanto tiempo, Lila.

Nueva York se había convertido en su hogar. Era una de esos indios e indias que, al marcharse, eligió no regresar nunca. Él se había preguntado por ella muy a menudo en todos los años que habían transcurrido, había intentado imaginar con tanta frecuencia su nueva vida en América, con el inevitable desfile de niños y bienes, logros y decepciones, que ese anhelo se había convertido en parte de él. Pero no había necesidad, ya no, de ser perseguido por fantasmas de su presencia, porque, después de todo aquel tiempo, y a pesar de los muchos esfuerzos de ella por lo contrario, Lila y él estaban destinados a juntarse. El desprevenido hijo de él iba a casarse con la sobrina del marido de Lila, y el propio

Vyasa había alentado sutilmente la unión. Todos los pensamientos que había tenido desde que llegó a Nueva York, la ciudad de ella, estaban cargados con el conocimiento de su triunfo.

—Los brahmanes por lo general prohibían que sus textos sagrados se consignasen por escrito —apuntaba Vyasa en ese momento—. De hecho, la reivindicación del estatus sagrado del *Mahabharata* como el quinto *Veda* se basa parcialmente en su antigua forma de transmisión oral. De modo que ¿cómo, podríamos preguntar, llegó Ganesh a ser relacionado con su escritura? Me gustaría sugerir —y entonces Vyasa ofreció una de sus sonrisas encantadoras— que las secciones del *Mahabharata* que tratan de la escritura de Ganesh son de hecho interpolaciones posteriores. Ganesh no estaba allí en un principio.

Y mientras la sala llena de neoyorquinos se inclinaba hacia delante para escuchar su controvertido argumento, Vyasa, casi aturdido por el deseo, giró la mirada por fin hacia la mujer de la esquina. Iba a llevar a Lila de vuelta a la familia, y no había nada en absoluto que ella pudiese hacer al respecto.